



# VIDA Y ENCIERRO DE UN ENCAPUCHADO ARREPENTIDO

TIENE 16 AÑOS, UNA MAMÁ PRESA POR NARCOTRÁFICO, EX COMPAÑEROS DE COLEGIO QUE IBAN A CLASES CON PISTOLAS Y UNA TRADICIÓN FAMILIAR DE NO TERMINAR LA ESCOLARIDAD.

**EL 9 DE AGOSTO FUE A UNA MARCHA Y AYUDÓ A QUEMAR UN AUTO. LAS IMÁGENES RECORRIERON CHILE.** SE CONVIRTIÓ EN ROSTRO DEL VANDALISMO Y HOY CUMPLE ARRESTO DOMICILIARIO, LO QUE LO TIENE SIN IR A CLASES. "SÁBADO" LO ACOMPAÑÓ EN SU ENCIERRO.

*Por Rodrigo Fluxá*

**L**uis S.G., 39 años, soldador, cabeza baja, voz tenue, apura gente en su estrecha casa de La Pintana. Recorre la planta baja, que en un espacio de poco más de 20 metros cuadrados, incluye el baño, la cocina, un refrigerador, una cama, el comedor y el living. Se pone un polerón e intenta hacer lo que cualquier padre en un domingo a la una y media de la tarde: reunir a su familia.

La labor enfrenta varias dificultades, siendo la hora la más implacable, pero no necesariamente la más difícil de sortear: a las dos comienza el horario de visitas en el Centro Penitenciario Femenino. Ahí está Elizabeth C.C., 34 años, su ex mujer, presa por tráfico de drogas. Es la madre de sus cinco hijos.

Los cuatro menores suponen un desafío aparte: se turnan en el computador de living, que está en diagonal a un plasma de 50 pulgadas con *home theater*, chocan unos con otros y demoran en ponerse la tenida de domingo. Su abuela María, la madre de Luis, sencillamente no irá:

–Le tengo rabia a ella. Mucho de lo que ha pasado es su culpa.

Lo que ha pasado es lo que le ha pasado a J.A.S.C., Jota, 16 años, el hermano mayor, quien hace un mes salió en todos los noticieros con una máscara, al lado de un auto en llamas, durante una jornada de protestas estudiantiles.

Veinte para las dos, finalmente están todos pasando por la puerta de la calle. Salen uno a uno.

Jota no.

Jota tiene arresto domiciliario.



Luis nació en Valdivia, no lo criaron sus padres y aún hoy no mantiene contacto con ellos. No terminó la enseñanza básica: a los 11 años ya estaba trabajando en la Vega, acarreando verduras. Fue jornalero, cargador, transportista y chofer. Entró como peón a una



HECTOR ARPAVENA

empresa de construcción y hoy es soldador.

De niño, en el sur, conoció a Elizabeth y cuando ella tenía 18 años tuvieron a Jota. En los próximos seis años tuvieron cuatro hijos. Vivieron en La Florida, Maipú, Puente Alto y San Bernardo.

En 2002 Elizabeth dejó a su familia. Se subió a un Daewoo y partió sin decir a dónde. Su marido logró la custodia de los hijos en un juzgado de familia: él tenía trabajo y una casa. Ella no.

–Pasé tres años sin verla. Obvio que me afectó –dice Jota, mirándose las manos.

Ya ha pasado por cuatro colegios, antes de llegar, en marzo, al primero medio de un liceo de San Ramón.

–No me gustaban pa'na. A la gente le importaba lo que pasaba adentro del colegio nomás, pero cuando se agarraban a balazos afuera no pescaban. No les interesaban. A los profes tampoco; nos regalaban las notas. Nos ponían sietes por escribir una frase en la pizarra.

Según los archivos del Ministerio de Educación repitió segundo básico. También séptimo, con cuatro ramos rojos de nueve posibles y con un 4.0 de promedio general. En el certificado oficial del Mineduc su año fue calificado como

**Martes 9 de agosto.** 13:27 horas. Nataniel con Eleuterio Ramírez. Un Volkswagen Golf arde en medio de las protestas y la imagen se transforma en el símbolo del vandalismo.

“bueno” por los evaluadores. En la escuela, donde estaba antes, dicen que presentaba problemas de abstracción y que llegando a cierto nivel de complejidad en las materias, simplemente no podía desenvolverse. Igual egresó de octavo básico el año pasado, porque la idea del colegio es no dejar gente atrás, ni crearles más problemas a familias ya desintegradas. Jota tuvo algunas anotaciones disciplinarias, pero nada grave, nada fuera de lo normal en un colegio donde un porcentaje relevante de los 1.100 alumnos tiene al menos un padre en la cárcel.

Elizabeth fue detenida por primera vez en 2005, por tráfico. Cumplió sentencia. Salió libre con beneficios. Cuando sus hijos se enteraron, el año pasado, que estaba presa de nuevo, ella les explicó que era porque debía un tiempo esa condena, que no había vuelto a vender drogas. En efecto, tenía una orden de

detención pendiente, pero por una segunda causa. Cayó finalmente en junio de 2010 por una tercera, con 613 gramos de pasta base y 40 de cocaína. Iba en un colectivo por la Autopista Sur, saliendo de San Bernardo. Declaró al OS7 que quería viajar a Valdivia. No se declaró como parte de ninguna banda. Con todas las condenas acumuladas le quedan nueve años más adentro. En total, tiene nueve hijos: el último nació hace un mes en la cárcel.

Jota no sale mucho de noche en La Pintana. Así terminó la última fiesta a la que fue:

–Uno sacó a bailar a una mina y el otro loco se enojó y empezó a tirar balazos. Todos consumían ahí mismo.

Uno de sus hermanos, de diez años, estaba el año pasado jugando a la pelota en la plaza, a las 11 de la mañana, cuando una balacera entre bandas le incrustó tres perdigones en el costado. Uno todavía lo tiene adentro.

Luis deja La Pintana a las seis de la mañana para ir a trabajar. Llega pasadas las nueve de la noche. Gana 220 mil pesos. A los niños los cuida su hermana, quien a su vez tiene otros cuatro hijos propios. Ella está diagnosticada con cáncer estomacal. En total viven 12 personas en la casa,



LUCIANO RIQUELME

con el sueldo de Luis y con los ingresos que generan vendiendo sándwiches en las noches. Los fines de semana hacen pan amasado, no en hornos eléctricos o a gas: con leña, a la salida de la reja, al borde de la calle, un metro afuera del encierro de Jota, prenden una fogata.



La noche del 8 de agosto, un amigo, también con una familiar en la cárcel, le dijo a Jota:

—Mi tía me dijo que tu mami iba a pedir el traslado a Valdivia.

Él, que extrañamente veía más a su mamá desde que estaba presa, pensó:

—Cuando chico se arrancó porque no quería vernos y ahora se va a arrancar de nuevo.

Dice que se acostó con pena y se levantó con rabia.

Ese martes salió temprano rumbo a su colegio en San Ramón. Sus compañeros querían ir al centro, a las marchas por la educación.

—Tenían todo organizado. Fui de puro enojado. Estaba como enrabiado. Preferí partir para allá que agarrarme a combos en el colegio con mis compañeros.

Sobre la causa de los estudiantes, pensó esa vez lo mismo que piensa ahora:

—No sé bien qué quieren, la verdad no conozco, pero hay muchos que van a hacer maldad.

En Nataniel con Eleuterio Ramírez había un Volkswagen Golf de 1996. Su dueño, Ricardo Possel prefirió ahorrarse unos pesos y no pagar por el estacionamiento del frente. Su hija estudia en la Universidad de Chile y participa del movimiento estudiantil. Él mismo apoyó la causa.

—Vi que había un niño que no conocía tratando de prender el asiento de atrás con un encendedor —dice Jota—. Le dije: toma, acá tenís mi desodorante pa' que prenda mejor. Él me respondió: úsalo voh poh. La embarré.

Eran las 13:27 horas.

Las cámaras de televisión lo grababan: tenía una mochila, un polerón blanco y una mascarilla. Un funcionario de Inteligencia de Carabineros le sacó fotos y lo siguió la próxima media hora, pensando que era, por lo que había visto, uno de los líderes de los encapuchados. Después lo detuvo. Declaró que era imposible hacerlo antes: la turba se le hubiese ido encima.

Su papá estaba trabajando a cuatro cuadras. Le avisaron a su empresa.

—No tenía idea que iba a ir a protestar: se lo tenía prohibido, pero no puedo vigilarlo siempre. Si hubiese sabido que estaba tan cerca lo voy a sacar a patadas.

Llegó a la tercera comisaría de Santiago y preguntó por su hijo. No le dieron datos. Se molestó con

**Su versión.** “Vi que había un niño que no conocía tratando de prender el asiento de atrás con un encendedor. Le dije: toma, acá tenís mi desodorante pa' que prenda mejor. Él me respondió: úsalo voh poh. La embarré”, dice J.A.S.C.

los carabineros que lo atendieron. Cuando trató de explicarles que su hijo era un joven tranquilo, dice que le dijeron:

—¿Tranquilo? Si los que están acá son todos delincuentes.

Jota durmió en la comisaría. Al día siguiente iba a ser formalizado, con prensa citada, para transformarse en el caso emblema de la lucha contra los encapuchados.

En la mañana su papá lo pudo ver.

—Se me cayó una lágrima. Yo siempre he sido pobre, pero nunca tuve antecedentes, siempre he trabajado. Me dolió verlo ahí como un delincuente, porque yo no lo crié para eso, no voy a dejar que se haga eso.

Jota fue imputado por incendio, robo en lugar no habitado, porte de elemento conocido para el robo, daños y desórdenes públicos. Él dice que la mochila con un computador adentro que le incautó Carabineros no es suya y que estuvo en la oficina saqueada, pero no se llevó nada. En la fiscalía

muestran fotos del saqueo a Paz Froimovich y el inventario del bolso requisado: además de la CPU y una pistola de fogeo, está el desodorante. Tienen, además, el testimonio de tres testigos.

Ese día no hubo otros detenidos.

Lo que más le chocó a su papá es que la fiscal nunca llamó a su hijo por el nombre, le decía sujeto, individuo, imputado.

—Ni siquiera “joven” o “estudiante”. Es un cabro sin antecedentes: siguió a los amigos, que ni siquiera lo han venido a ver. Quiso hacerse el choro. Y como era el más pavo, fue el único que no arrancó.

Esa tarde los dos salieron caminando juntos, entre periodistas y cámaras, en medio de una polémica a nivel nacional por la decisión del juez de dejarlo libre. Luis estuvo enojado varios días con su hijo, sin hablarle, pero justo antes de subirlo a la 229 rumbo a La Pintana lo notó con hambre: no había comido desde el día anterior. Se tragó rabia y pasó a comprarle un completo.



La abuela de Jota lo llamó por teléfono desde Valdivia: pasó varios minutos retándolo a garabatos. Cuando llegó a Santiago lo zamarreó y lo mandó a comprar pan a San Bernardo.



En la calle, sintió que la gente lo reconocía. Se subió al Transantiago y desde atrás le gritaron:

—Porque no te quemái esta micro ahora poh hueon'oh.

Jota volvió a la casa y se puso a llorar.

—Le dio vergüenza. Y está bien, para que entienda el mal que le hizo a su familia -dice la abuela-. Al día siguiente lo mandé de nuevo.

Varios parientes, que mandaban regalos y plata para ayudarlo, dejaron de hacerlo. A su papá lo respaldaron en el trabajo, pero le advirtieron que si salía mencionada la empresa podría haber problemas.

El día de una de las marchas posteriores, la semana después del incendio, Carabineros llegó a la casa e interrogó a su familia para conocer los horarios de Jota. Después fueron al colegio para asegurarse que hubiese ido. Varios compañeros vieron la escena.

El 18 de agosto la Quinta Sala de la Corte de Apelaciones decretó su arresto domiciliario, tras una apelación de la fiscalía y de la Intendencia, parte querellante. El escrito, en un hecho muy poco común, reconoce y hasta respalda la legitimidad de las marchas estudiantiles, pero separa a Jota de ellas. “Su situación no se concilia con los derechos de reunión pacífica, de emitir opinión ni de presentar peticiones a la autoridad”.

El arresto domiciliario no es una medida usual entre menores de edad, porque, por lo general, las “carreras” delictuales son ascendentes y progresivas: comienzan con un hurto simple y cubren una amplia gama de faltas antes de llegar a los delitos más graves. Es lo extraño del caso de Jota: sin antecedentes hasta los 16 años y cinco delitos graves, sobre todo el incendio, en media hora.

—Con el material que teníamos podríamos haber pedido internación provisoria y te aseguro que la hubiésemos conseguido, lo que a la larga hubiese sido peor para él —dice la fiscal Carolina Suazo, con un set de fotos de Jota en la mano: de frente, de lado, el bolso, la mascarilla—. Pero tuvimos en cuenta su hoja limpia y qué era mejor para él. Su caso es grave: ocupar un acelerante para el fuego, llevado especialmente, demuestra intencionalidad.

La intendenta Cecilia Pérez, ha empujado, desde la parte querellante.

—Llegó la hora de desenmascarar la impunidad, llegó la hora de que los encapuchados paguen por el miedo, violencia y el daño que han hecho (...) Este joven es el símbolo de lo que muchas veces pasa —declaró.

Pero Possel, el dueño del auto, decidió no presentar cargos.

—No me interesa que su papá me pague nada, ¿para qué

hundir a alguien que gana 200 mil pesos con deudas? No tiene sentido. Puedo sonar inocente, hasta medio tonto, porque perdí dos millones y medio, pero esto fue un choque de dos mundos: hay gente que vive otras realidades, problemas serios. Pero me parece excelente la medida del arresto. Una persona que, por la rabia que sea, es capaz de comportarse así, merece un castigo, una patada en el pote por lo menos. O un tratamiento de parte del Estado. No me interesan las disculpas del padre, me conformo con que pueda

**“Estoy arrepentido. Me equivoqué con lo del auto. Pero quiero volver a estudiar y ponerme a trabajar. Ya repetí séptimo, no puedo perder otro año”.**

controlar a su hijo, que pase tiempo con él.

El Volkswagen está en un aparcadero en Quilicura, inservible. No estaba asegurado. Será vendido como chatarra. Possel quedó a pie y tendrá que ahorrar un par de años antes de comprarse otro.



Son las once de la mañana de un lunes y Jota abre la puerta vestido, pero sobándose los ojos: se despertó temprano y ya estaba desocupado. Estuvo castigado sin computador una semana, pero ya puede usarlo de nuevo: en su foto de Facebook sale con lentes oscuros y sin polera mirando a la cámara. A su papá se le pasó el enojo: incluso le compró ropa para que estrenara el 18.

Se mueve de un lado al otro; se pasea entre el living y el segundo piso, dónde duermen

once personas. Está aburrido. Sale al patio, hasta la reja y se devuelve: desde afuera parecen barrotos. A las doce lo viene a ver su polola nueva. Irónicamente empezaron la relación así, cuando él ya estaba en el encierro. Suben juntos.

Sus hermanos ya se fueron a clases. Su colegio también retomó las actividades. Antes del incendio tenía tres promedios rojos.

—Obvio que estoy arrepentido. Mucho. Me equivoqué con lo del auto. Sólo quiero volver a estudiar y ponerme a trabajar como electricista o cualquier pega. Ya repetí séptimo, no puedo perder otro año. Terminaría saliendo con veinte.

Jota vio en *Morandé con Compañía* el plan del Gobierno “Salvemos el año escolar” dirigido a jóvenes que no han querido participar en las manifestaciones y tienen sus colegios tomados. Le hizo sentido: ha intentado inscribirse tres veces por internet, sin respuesta. Su abuela fue al colegio a pedir guías de estudio, para que no estuviera de ocioso, pero no se las pasaron. Allá no quieren aparecer ligados a su alumno más conocido; prefieren no comentar su caso hasta que resuelva su situación, a finales de septiembre, cuando termine el plazo de 50 días de investigación acordado por la fiscalía.

Si es hallado culpable terminará irremediablemente en un centro del Sename. Jota no quiere eso. Su papá tampoco.

—Ahí sí que hay cabros malos.

Para armar la defensa, su familia está juntando material a petición de un abogado de derechos humanos. En una evaluación de mayo de 2011, se lee sobre Jota:

*Cuida su higiene personal:* Siempre

*Desarrolla trabajo sistemático:* Siempre

*Participa en actividades de grupo:* Siempre

*Actúa con responsabilidad:* Siempre

*Reconoce sus errores: Generalmente. S*